

Valor de uso y valor de cambio

Alberto Lovera
IDEC / FAU / UCV

La vieja diferenciación que hacía la economía clásica entre valor de uso y valor de cambio adquiere hoy otra significación a la luz de la interpretación de los criterios de sostenibilidad porque el impacto de la materialidad de las mercancías ya no puede ignorarse. No se trata de relaciones puramente de intercambio en el mundo del dinero, que de lejos reflejan la atención de necesidades humanas; al contrario, ahora se ponen en evidencia que tras la transacción mercantil, mediada por el dinero, se están produciendo efectos materiales, que durante mucho tiempo ignoramos.

No siempre fue así, pero lo cierto es que en un momento de la historia del análisis económico se produjo un divorcio entre la dimensión física de la producción y su expresión en términos monetarios, menospreciando la primera. Se asumió que la naturaleza era un ente pasivo y una fuente infinita que le servía a las sociedades para tomar de ella recursos sin miramientos. No eran tiempos en los cuales se hacían mayores consideraciones sobre los recursos no renovables, cuya disponibilidad se asumía como inacabables. Tampoco se analizaba con la debida atención los ciclos de vida de los recursos renovables para estar disponibles para su uso.

Pero el asunto no se refiere sólo al terreno del análisis económico. Lo grave es que esta desconsideración de la ecología de la naturaleza y los recursos que nos aporta, se ha venido expresando en la forma como la actividad económica se ha venido ejecutando predominantemente en las diferentes sociedades, indistintamente si ellas lo hacían en nombre del capitalismo o del socialismo. Los parámetros productivos, la forma de relación entre el hombre y la naturaleza han tenido un patrón común, depredador en ambos casos, lo cual ha mostrado su creciente insostenibilidad sobre todo para las generaciones futuras, cuya herencia está seriamente dañada y disminuida. Es más, ese futuro está cada vez más cerca porque se han ignorado las advertencias de la inviabilidad de ese esquema productivo prevaleciente en el mundo.

Se impone, por tanto, abrirle paso a un nuevo enfoque de la producción, lo que supone volver a poner sobre el tapete la realidad dual de la actividad productiva, que produce bienes y servicios para satisfacer necesidades humanas (valor de uso), y que a su vez tiene una dimensión económica (valor de cambio). Esto supone recuperar el análisis de los impactos materiales de la actividad económica que con extrema frecuencia se ignora.

La actividad (económica y material) de la producción del medio ambiente construido, que es nuestro centro de interés, reclama la urgencia de un nuevo enfoque que dé cuenta de ambos aspectos. En este campo probablemente como casi ningún otro muestra la importancia de esa doble lectura de la actividad productiva, que pueda reflejar los procesos económicos que implica, pero también los impactos materiales y ecológicos que supone. Sólo de esta manera podrá emerger un enfoque de construcción sostenible donde la actividad constructiva atienda al unísono su viabilidad económica con las dimensiones ambientales y sociales que son una unidad, pero que se han perdido en este divorcio entre el carácter útil de las construcciones y su dimensión económica. Como en otros ámbitos, hay que restituir los vasos comunicantes entre la dimensión económica y material de la producción, si es que queremos atender nuestras necesidades con una óptica que apunte a la calidad de vida y no a su deterioro, si aspiramos a que las respuestas productivas del presente no comprometan y hagan inviables las del futuro, que cada vez acorta su distancia.

Tenemos que producir el reencuentro del valor de uso y del valor de cambio de las construcciones, no sólo desde el punto de vista del análisis científico-tecnológico, sino del de su producción. Es un camino para que la construcción sostenible pase del deseo a la acción.